

Introducción

Debido al avance inevitable de las tecnologías de la información en todos los campos del saber humano, en especial en lo que a la administración y organización bibliotecaria se refiere, pareciera ser que la profesión bibliotecológica ha perdido su raíz humanística, para adentrarse en los terrenos de la tecnología, o de las llamadas ciencias de la información. Sin embargo, como bien nos muestra Rodríguez Gallardo (2001), tanto en la actuación profesional de los bibliotecarios que ofrecen sus servicios a la comunidad, donde los valores de acceso irrestricto a la información y la promoción del ideal democrático juegan un papel determinante, como en su formación integral, las humanidades han de estar presentes, toda vez que la disciplina bibliotecológica se encuentra, hoy por hoy, en la frontera entre las ciencias sociales, las económico-administrativas y las disciplinas humanísticas mismas.

Por ello, resulta vigente sensibilizar a los alumnos de la Licenciatura en Bibliotecología y Estudios de la Información, del Colegio de Bibliotecología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sobre la importancia de estudiar y comprender las diversas circunstancias y procesos relacionados con el surgimiento y el desarrollo de la producción, distribución, almacenamiento, organización y uso de los diversos registros del conocimiento y la información. Es decir, han de apreciar los elementos básicos sobre el desarrollo de su disciplina desde una perspectiva diacrónica.

Para introducir a los alumnos que ingresan a dicha licenciatura en esta temática se han diseñado dos cursos (Historia del libro y las bibliotecas I y II) que se ofrecen a los alumnos que ingresan al primer año del nuevo plan de la licenciatura antes mencionada.

Por lo que se refiere al primer curso, se explican en él las relaciones existentes entre las formas que adoptaron los diversos tipos de documentos y el carácter de la información contenida en los mismos. Para descubrir esos vínculos, se contrastan las prácticas adoptadas por las primeras civilizaciones que desarrollaron algún sistema original de escritura, así como un soporte particular de la información, y las instituciones de preservación y transmisión de la información y el conocimiento que les son consustanciales, con las elaboradas por las culturas del Nuevo Mundo. Para dar continuidad a ese recorrido, se estudian esos fenómenos y las maneras en que se tornó en una actividad cada vez más compleja durante la Antigüedad clásica y en la Europa alto y bajo medieval.

Por lo que respecta al segundo curso, en él se contrastan las prácticas relacionadas con la impresión de libros y las bibliotecarias, adoptadas por las sociedades y naciones europeas u occidentales, con los desarrollos alternos alcanzados por sistemas político-sociales diversos, con énfasis particular en lo acontecido en el México posterior a la Conquista. Se consideran, de manera alternada, los periodos históricos que van desde el Renacimiento hasta la época contemporánea.

A continuación, se discuten los vínculos y las influencias que se han dado entre los diversos sistemas y grupos que han mantenido el poder político y económico, con los modelos culturales que les son correlativos y en los cuales las prácticas informativo-documentales adoptan una forma particular de expresión, todo lo cual, como se afirmó antes, es conveniente que conozcan y valoren los estudiantes y profesores de la carrera de Bibliotecología y Estudios de la Información.

En la presente contribución, no se pretende dar una presentación completa de los tópicos que cubren los dos programas completos, por la extensión que tal intento representaría y porque lo esencial es trazar las líneas generales por medio de las cuales se pueden evidenciar las necesarias interacciones entre la estructura socioeconómica con los sistemas políticos, que les dan una forma particular de expresión, y con los sistemas y subsistemas que se vinculan con la producción, el uso, resguardo, organización y difusión de los materiales que han servido, y sirven aún, a pesar del avance vertiginoso de la tecnología, como soportes de la información.

Surgimiento de las formas de representación

Lo primero que habría que interrogarse es sobre el surgimiento del principal medio con que cuentan los seres humanos para relacionarse con su entorno: el lenguaje. No se puede pensar en el almacenamiento, o en la memorización de información que pueda ser utilizada o comunicada a un grupo social, por reducido que éste sea, sin la existencia de algún tipo de lenguaje: gestual, verbal, o por algún tipo de representación.

Una primera teoría estaría relacionada con la capacidad de los seres humanos para establecer vínculos sociales. No se puede pensar en la existencia de un aislado Robinson Crusoe, puesto que todos nacemos dentro de un grupo social determinado y, por lo tanto, somos entrenados en la realización de conductas aceptables para el grupo, tal como sostiene Robin Dunbar: “el lenguaje es un elemento esencial de nuestra humanidad” (Dunbar, 2001, p. 24).

Una segunda teoría, relacionada con el origen del lenguaje verbal, es la que encuentra su antecedente en el lenguaje gestual. Como sostiene Corbalis, se puede defender la “hipótesis de que el lenguaje emergió progresivamente y en primer lugar lo hizo bajo la forma de signos manuales” (Corbalis, 2001, p. 31). Como es sabido, aun en la actualidad, el lenguaje gestual ocupa un porcentaje importante de la comunicación interpersonal y, en el caso de las personas que se encuentran impedidas para hacer uso del lenguaje verbal, los signos manuales y los gestos que lo acompañan representan un caso especial de gramática y sintaxis espacial, como lo demostraron unos niños que desarrollaron un modo particular para diferenciar los verbos transitivos de los intransitivos (Corbalis, 2001, p. 33).

Finalmente, se encuentra la teoría que atribuye un sentido político al surgimiento de la necesidad de comunicarse a través de signos verbales complejos, capaces de transmitir algo más que actos o hechos cotidianos, ya que, en su vinculación con diferentes grupos humanos, las personas deben desarrollar maneras para expresar ideas abstractas y para elaborar modelos de conducta social que aseguren la viabilidad de una formación social determinada. Como nos explica Desalles, “una población de varios cientos de individuos está estructurada en grupos cuya composición se modifica a lo largo del tiempo. Dentro de estos grupos los individuos tienen la posibilidad de dar informaciones útiles a los demás miembros. En este escenario utilitario, el hecho de poseer informaciones se traduce direc-

tamente en un aumento de la probabilidad de supervivencia" (Desalles, 2001, p. 37).

Ahora bien, por lo que respecta a una disciplina cuya principal materia de trabajo es la organización, preservación y difusión de información soportada en algún tipo de documento, surge la inquietud de precisar las razones por las que los grupos sociales dieron el siguiente gran salto, es decir, pasaron de una organización cultural en que la transmisión oral representaba la forma privilegiada de cubrir las necesidades de información a una en que los registros documentales representaron la posibilidad de controlar un entorno determinado.

Según Ignace Gelb, así como muchos otros teóricos, la posibilidad de usar algún tipo de escritura, o alguna forma de registro administrativo (pensemos en los quipus de las culturas andinas), marcó la frontera entre la prehistoria y la historia, entre la barbarie y la civilización. Tal como afirma: "lo que parece es que todos los factores (geográfico, social, económico), conducentes a una completa civilización, originaron simultáneamente un complejo de condiciones que no hubiera podido funcionar normalmente sin la escritura. O, dicho de otra manera: *La escritura existe solamente en una civilización y una civilización no puede existir sin la escritura*" (Gelb, 1976, p. 286).

Para comprobar la fidelidad o las implicaciones de este aserto de Gelb, es necesario revisar los patrones culturales de las llamadas civilizaciones originales de la humanidad, desde la época antigua hasta la Edad Media. Cabe aclarar que, en el caso de algunas de ellas, su área de influencia se ve circunscrita por la dificultad de establecer relaciones constantes y específicas con otras culturas que no sean las que se desarrollaron en un entorno geográfico particular. Es el caso de las culturas de Mesoamérica que, aunque se supone que tuvieron, en algún momento de su desarrollo, contactos con grupos ajenos a su particular horizonte técnico-ideológico, no se puede precisar la amplitud de esa influencia, los canales precisos por los que se transmitió o difundió cierta habilidad técnica, o las razones por las que no se conservó un registro preciso que ilumine la naturaleza de dichos contactos. Por ejemplo, se ha defendido la hipótesis de una posible difusión de las técnicas metalíferas entre el extremo norte del área andina y el Istmo de Tehuantepec, donde zapotecas y mixtecos desarrollarían, por lo que se refiere a Mesoamérica, una serie de habilidades relacionadas con la orfebrería.

Lo mismo habría que decir de las culturas del área andina que, al parecer, desarrollaron patrones muy *sui generis* de civilización, así

como de las del Lejano Oriente que, por un buen número de siglos, permanecieron aisladas de las influencias del centro de Europa o de las civilizaciones de Mesopotamia.

Desarrollo de la escritura cuneiforme

Muy diferente es el caso de las culturas mediterráneas, del Medio Oriente y de Mesopotamia, cuyas interacciones constantes fueron dibujando y reconfigurando los usos, las técnicas para apropiarse de la naturaleza y las relaciones de poder o intercambio que establecieron entre ellas en los diferentes hitos de su historia común.

Hasta donde nos permiten conocer los documentos que se han descubierto, así como los depósitos o complejos educativos, administrativos y religiosos donde se ordenaban y, por un largo periodo de su historia, se produjeron dichos materiales, las culturas de Medio Oriente fueron las que primero dieron a la escritura un valor social y político determinado.

Aun cuando todavía se discute si fueron razones de tipo religioso las que propiciaron el descubrimiento de las formas para preservar el pensamiento, dado que la mayoría de estas culturas atribuyen su origen a un milagro efectuado por alguna de sus múltiples deidades, o si, por otra parte, se debió a exigencias de carácter económico-político (Escolar Sobrino, 1988, pp. 30-32), lo cierto es que, en muchas de estas civilizaciones, el control del conocimiento sobre las regularidades de la naturaleza (cuya apropiación y explotación adecuadas eran indispensables para asegurar la viabilidad de determinada ciudad-estado), y, por lo tanto, el control económico, político y religioso que de allí se derivaba, muchas de las veces recaía en una misma persona, y en el grupo de nobles y sacerdotes que le rodeaban, los mismos que le daban coherencia al ejercicio de su poder real o imaginario.

Por lo que se sabe, una primera expresión de este poder, que se traducía en el control sobre el intercambio comercial entre lugares distantes, está reflejada en los diversos sellos inscritos con las marcas reales y de grandes jefes comerciales que permitían particularizar una mercancía como propiedad de un determinado señor o de la ciudad donde éste ejercía su control (Escolar Sobrino, 1988, pp. 39-42).

Estos sellos son el más lejano antecedente de lo que podríamos llamar impresión sobre una materia blanda, misma que abundaba

en esta área cultural. Estos cilindros dejaban su impronta sobre la arcilla suave y convirtieron a este último material en un eficaz vehículo de información estadística, económica y, posteriormente, religiosa, durante casi tres milenios; fue allí donde las culturas mesopotámicas volcaron sus anhelos de poder y dominio (Lewis, 2000, p. 50 y subsiguientes).

Un lejano ejemplo de que los grupos subalternos buscaron la manera de burlar de algún modo ese control estatal y sacerdotal, fue la necesidad de someter a cocción dichas tabletas y grabar en su reverso todas las maldiciones que les podrían infligir los dioses a los aviesos violadores en caso de que se alteraran significativamente las cantidades que se encontraban registradas en dichas tablillas.

En una región cercana a Mesopotamia se descubrió un viejo y enigmático reino donde ya se encontraban definidas las funciones de los documentos, así como de los burócratas que se hacían cargo de su producción, organización y preservación. Seguramente, mantenían una amplia gama de funciones educativas, religiosas, económico-administrativas, y lo que hoy llamaríamos editoriales. Los bibliotecarios-escribas del archivo-biblioteca de Ebla tenían bien claro que debían diferenciar por su contenido, forma y ubicación, los distintos tipos de documentos que manejaban (Escolar Sobrino, 1987, p. 19).

Además, al situarse la ciudad en una zona de paso comercial entre la cercana Mesopotamia y los estados allende el Mediterráneo, tuvieron la genial idea de compilar listas bilingües de los signos empleados, por lo general sumerio-eblaítas, así como de utilizar el colofón para identificar el número de tablillas y el responsable de un texto. De esta manera, se podía saber la cantidad de tributos que debían pagar los vecindados en ese lugar, además de los mercaderes que hacían pasar por allí sus productos. Tan efectivo era su control, que fue necesario que las huestes de Sargón arrasaran con esa ciudad para poder liberar el paso de las caravanas que llevaban mercancías a la lejana Akkad.

Resulta significativo señalar que, en este momento, ser escriba y tener conocimientos tanto administrativos como mágico-religiosos podía ser una manera de ascender en la escala social y económica, o de mantener el poder sobre cierta ciudad-estado. Tal proceso queda ejemplificado en la famosa y lejana biblioteca (que también realizaba funciones de archivo) de la Nínive de Asurbanipal. Este gobernante se preciaba de poder descifrar el enigmático sumerio, que para su

época ya se había convertido en una lengua y escritura de carácter ritual, de leer el oscuro acadio, así como de conocer los secretos de la lecanomancia y de elaborar complicados cálculos aritméticos y geométricos (Escolar Sobrino, 1988, p. 58 y subsiguientes). Por cierto que no es el único *dubpatesi* (literalmente príncipe-escriva) que se podía preciar de unir en una sola persona conocimientos de carácter administrativo, sobre asuntos mágico religiosos y relacionados con el difícil arte de gobernar. Lo mismo se podría decir de los gobernantes de Lagash, Nippur y, sobre todo, del amorita gobernante del primer estado babilónico: Hammurabi.

A tal lejano gobernante de esa primera etapa babilónica se le debe, por lo menos así lo atestigua el bloque de diorita donde lo grabó, el primer *Código de leyes* de que se tiene noticia. Este texto legal, conocido como *Código de Hammurabi*, permitió darle viabilidad a un modelo de producción que concentraba el poder en el grupo intelectual e informado de la sociedad, pero también protegía los derechos de los desamparados y de los trabajadores, lo que resultaba conveniente en un mundo siempre convulso, donde se intercalaron periodos de conquista y de saqueo feroz, con periodos de aculturamiento en que el sistema de escritura cuneiforme se adaptaba a la lengua del conquistador.

De este modo, el comercio y la guerra sirvieron como vehículos de los alcances técnicos y culturales que se extendieron por todo el Mediterráneo, a través de aportes significativos tales como el uso de las carretas, del caballo, del arado, así como el cálculo del tiempo y el registro de los eclipses, entre otros fenómenos (Bernal, 1979, pp. 141-143).

Escritos sagrados del antiguo Egipto

En un espacio cercano, protegido por el mar Rojo y alimentado por la amplia fertilidad propiciada por las crecidas anuales del Nilo, cuyas inundaciones tuvieron que ser prevenidas y controladas por la casta gobernante que logró unificar el alto y bajo Egipto, se desarrolló una gran civilización que todavía nos asombra por sus logros técnicos y espirituales.

Este conocimiento técnico colocado en las manos de un solo grupo gobernante, cuyo dirigente conocido como faraón era divinizado y adorado cuando favorecía al nomo (regiones administrativas en que

se dividía el antiguo Egipto, equivalentes a los actuales estados, provincias o departamentos de un país) que controlaba tanto el poder político como el económico, o rechazado cuando pretendía alterar el orden social y cósmico, como sucedió en el caso de Akenaton y su culto solar hacia Aton.

Por la naturaleza lacustre de la cultura egipcia, nada más adecuado que el desarrollo y tratamiento de un abundante don del Nilo, que servía lo mismo para hacer barcas que para registrar las creencias religiosas, realizar los registros administrativos, así como los incipientes relatos que se conocen, como el cuento de *Sinuhé*, o el *Viaje de Wanamón* (Escolar Sobrino, 1988, pp. 88-89). Todos ellos fueron escritos sobre papiro, un material escriturario que era mucho más fácil de transportar y de manipular que las pesadas tablillas mesopotámicas, al mismo tiempo que ahorraba espacio dentro de las casas de la vida o en las casas de los libros, donde resguardaban o transmitían sus oscuros conocimientos a los hijos de los nobles que debían ser formados para mantener el poder y las tradiciones de este pueblo, cuyo culto a la muerte, y a la vida en el más allá, les llevó a desarrollar el primer producto literario en serie. Nos referimos al *Libro de los muertos*, el conjunto de instrucciones *postmortem* que se elaboraron en diferentes longitudes y calidades, según el carácter y el nivel social de quien había de portarlo en el más allá de su jornada eterna y en el más acá de los sarcófagos, que tanta información han aportado a los egiptólogos sobre el pensamiento y la cultura de los egipcios (Dahl, 1982, pp. 16-17).

Sobre este nuevo material se plasmó, esta vez con cañas, uno de los sistemas de escritura que más desafíos costó descifrarlo a los estudiosos de la cultura egipcia, hasta que Champollion pudo concentrarse en la inscripción trigráfica conocida como piedra de Rosetta, donde al lado del demótico y del hierático se encontraba un edicto de Ptolomeo vertido al griego, lo que constituyó la llave para abrir todo un mundo de misterios que, hasta ese momento, y todavía por un tiempo más, sólo se podía conocer por fuentes indirectas.

Que la escritura tenía un significado tanto religioso como político y cultural, nos lo muestra el hecho de que los egipcios ya habían desarrollado un silabario con signos tomados de su sistema jeroglífico para escribir nombres extranjeros, y con el cual podrían haber dado el siguiente paso para simplificar el aprendizaje en los centros ceremoniales, así como para abreviar los convenios comerciales con sus vecinos. Sin embargo, al parecer, eso dejaba la posibilidad de

que otros grupos sociales, u otras culturas, se apropiaran de los conocimientos que tan celosamente resguardaba la casta sacerdotal.

El surgimiento del alifato

No obstante, como los egipcios utilizaron grupos provenientes de Palestina para realizar trabajos en las minas de cobre del Sinaí, se hizo posible que los pueblos de Oriente Medio conocieran y adaptaran la idea y parte de los signos del silabario creado por los egipcios a sus usos lingüísticos, así como a sus necesidades comerciales, para desarrollar el alifato semítico de 22 letras. No se han puesto de acuerdo los especialistas en cuanto al origen de este silabario, sin embargo se han propuesto como alternativas la escuela sacerdotal de Ugarit, el puerto comercial de Biblos (Moorhouse, 1961, pp. 152-157), donde también se desarrollaron otros sistemas de escritura, o los grupos moabitas y hebreos que compartieron espacios comunes, los cuales desarrollaron, dada su naturaleza eminentemente comercial, formas más simples de plasmar sus ideas y sus contratos, lo que llevó al alifato a desplazar la escritura cuneiforme así como la jeroglífica en aras de un menor tiempo de aprendizaje y una difusión de los productos del pensamiento entre capas de las poblaciones que hasta ese momento se encontraban alejadas de la cultura escrita.

Entre los hebreos se conformó una división, dado que la nobleza fue un aspecto posterior a su conformación como grupo cultural y social, entre la tradición sacerdotal que mantenían los escribas al servicio del Templo y de los reyes que seguirían a la instauración de la dinastía de Judá (representada por David y sus descendientes) y la de Efraín (representada por Jeroboam y los muchos reyes que le sucedieron), por un lado, y por el otro, la actitud crítica de los profetas que, muchas veces, llegaron incluso a reprobar los excesos de los gobernantes que se dejaron llevar por la lujuria y la idolatría.

Los textos provenientes de ambos grupos se reunieron mucho tiempo después en lo que los cristianos llaman el Antiguo Testamento y en el mundo judío se le conoce como la Tanak (Escolar Sobrino, 1988, p. 105 y subsiguientes). Esto explica las posibles contradicciones que algunos críticos han encontrado en lo que muchos consideran como escritura sagrada, inspirada a sus siervos por la divinidad misma.

Es innegable la influencia que esta cultura, llamada *del libro* por los seguidores de Mahoma del siglo VII d. C., ha tenido en el desarrollo de las pautas culturales y espirituales de la civilización occidental. Claro que esta impronta está más relacionada con la transmisión de las prácticas neotestamentarias que toman a Jesucristo como el autor de un nuevo pacto con su pueblo y con la humanidad entera, y a las actividades proselitistas y autorales de los discípulos que anduvieron con Jesús, pero, sobre todo, con quien podía desarrollar una síntesis de ambas tradiciones al haberse criado a los pies de Gamaliel como fiel fariseo, conocedor de la cultura helénica por haber nacido en una provincia dominada por tal cultura y, por tanto, capaz de darle una forma más acabada a la explicación de las doctrinas esenciales del cristianismo; nos referimos, por supuesto, a Saulo de Tarso, mejor conocido como el Pablo de las numerosas epístolas.

En su calidad de autor que reúne la iluminación y la formación académica, puede incluso discutir los principios de esta nueva religión con los griegos, aun cuando ellos se burlen de él en cuanto abandona su base racional para fundamentar sus prédicas en la revelación personal y en la perspectiva de la resurrección.

El desarrollo del alfabeto

Los helenos, que así es como ellos mismos prefieren ser llamados, desarrollaron una larga tradición cultural en la que el logos y la posibilidad de dar voz a los ciudadanos generó un nuevo tipo de gobierno basado en el reconocimiento del derecho de las personas a expresar su opinión en el foro especial denominado *areópago*.

Esa tradición parte de la lejana Creta, donde se instauró una talasocracia y, a raíz de sus relaciones comerciales con el mundo Micénico y con el Oriente Medio, específicamente con los fenicios y los filisteos, desarrolló prácticas particulares de registro de información, económica y cultural, en dos sistemas identificados por Evans como lineal A y lineal B (Moorhouse, 1961, pp. 71-74).

Los modernos investigadores han identificado esta última escritura como un primer atisbo de darle identidad a la lengua helena y la han considerado como paleogriego. Incluso hay quien sugiere que el famoso disco de Festo, considerado por mucho tiempo como una inscripción ajena, proveniente de los filisteos, es, en realidad, un grito

de ayuda a los *danaoi* (forma utilizada por Homero para denominar a los griegos) para defender esa provincia del embate de los pueblos del mar, jonios y dorios, hecho que marcaría un nuevo hito, imborrable, en la historia de la civilización occidental.

Los antiguos griegos fueron famosos por su capacidad de incorporar los logros técnicos de sus vecinos mediterráneos y de darle forma acabada a los descubrimientos tanto de los egipcios como de los pueblos de Oriente Medio y de la no tan lejana Mesopotamia.

De los fenicios tomaron, gracias al príncipe Cadmo, la posibilidad de verter su pensamiento en un conjunto limitado de signos que adaptaron a su lengua y a sus usos literario-religiosos. Al añadirle las indispensables vocales dieron el siguiente paso en la cadena de abstracciones que van del jeroglífico al logograma y de éste al silabario, para, finalmente, conformar un alfabeto cuyas infinitas combinaciones y asignación de valores permitieron a los helenos la posibilidad de inmortalizar sus valiosos poemas épicos, así como sus avances en filosofía, matemáticas, ciencia, tecnología, medicina y, en fin, en casi todas las ramas del conocimiento, lo cual influiría significativamente en la mente de los posteriores pensadores medievales y, siquiera para contradecirlos, en los científicos y filósofos naturales que le dieron un nuevo valor a las artes materiales y a la experimentación (Bernal, 1979, p. 206 y subsiguientes, también, pp. 392-393).

Los griegos incorporan en sus usos culturales el papiro inventado por los egipcios, pero mejoran la materia escrituraria utilizada por los semitas y producen dos materiales que terminan imponiéndose desde la Antigüedad clásica hasta varios siglos después en la Edad Media; nos referimos al pergamino y la vitela. Estos tres materiales, en conjunto, van a permitir una mayor difusión y preservación del conocimiento. La importancia de ello se puede observar en la inmortal gloria que se le atribuye al proyecto del Museo, donde se encontraba la célebre Biblioteca de Alejandría que preservó, organizó y difundió la cultura que, gracias a los esfuerzos de sus ilustres directores, como Eratóstenes de Cirene, Aristófanos de Bizancio y Aristarco de Samos, entre otros, permitió llevar la palabra y el pensamiento heleno a los confines del mundo conocido. Claro está que ellos servían a los intereses de los monarcas que les sostuvieron como ilustres mecenas y cuando estos reyes fueron sometidos por el embate de los romanos, tuvieron que cambiar la organización y el contenido de sus acervos para dar paso a la literatura latina, además de que la administración quedó a cargo del estado conquis-

tador que nombraba a un procurador bibliotecario para controlar las bibliotecas sostenidas por el imperio, inclusive la famosa biblioteca alejandrina, cuyo director algunas veces fue promovido como procurador (Escolar Sobrino, 1987, p. 97).

El libro y las bibliotecas en Roma

La administración de un gran territorio por parte de los romanos hizo indispensable la existencia de documentos y, por supuesto, de los archivos que los contemplaran. De hecho, se dice que la fundación del Tabularium, el local oficial de los archivos imperiales, antecedió a la formación de la primera biblioteca pública, la cual se le atribuye a C. Asinio Polión, general y orador romano (Escolar Sobrino, 1987, pp. 94-95). La ampliación de la burocracia al servicio del Estado romano, la existencia de los primeros editores (de acuerdo con Kleberg, 1995, p. 66, Tito Pomponio Ático fue el primero que mereció esta denominación) que podían disponer de un grupo de amanuenses, correctores (*anagnostae*) y otros eruditos a su servicio, la presencia de nuevos nobles que se apropiaban, muchas veces mediante conquista, de libros y esclavos provenientes de las ciudades helenas, hizo posible el surgimiento de un incipiente comercio librero y la conformación de un público que gustaba de escuchar la lectura de poemas, y compartir las novedades en las tertulias (Escolar Sobrino, 1988, pp. 178-179).

Habría que aclarar que la lectura privada era casi cuestión de los profesionales libres: médicos, juristas y *bibliopolas* (libreros) (Kleberg, 1995, p. 79), entre otros, así como los filósofos y nobles, quienes gustaban de la lectura en sus villas; pero el ciudadano medio, que podía o no estar alfabetizado, prefería escuchar la lectura en voz alta. Estas *recitaciones* reunieron a un buen número de individuos, los cuales eran convocados por un poeta o un prosista que aprovechaba este momento para evaluar el efecto y la conveniencia de publicar su escrito, de modificar alguna parte o de plano dejarlo guardado en su archivo personal.

Se dice que Horacio se quejaba de que autores de poca monta aprovechaban la paciencia de la gente que acudía a estos eventos (Kleberg, 1995, pp. 67-68). Se sabe también que algunos de los invitados aprovechaban el recital para enterarse de las noticias políticas, así como de otro tipo de historias que circulaban entre la población, para

lo cual se salían a platicar alrededor del pórtico. Sin embargo, para no pasar por groseros o desinteresados, se informaban del momento en que estaba a punto de terminar la lectura y se introducían al auditorio para hacer acto de presencia.

Tal vez habría que suponer que la multitud de encuentros de esta naturaleza fueron educando el oído de los habitantes de la urbe, quienes aprendieron cuándo era conveniente enterarse de las publicaciones de textos de calidad y cuándo acudir a esos actos para poder tomar decisiones sobre el mejor curso en que habrían de orientar su conducta pública. También podríamos simplemente suponer que, en el mejor de los casos, era una alternativa más de pasar el tiempo libre, alejados del barullo del Coliseo, del dramatismo del teatro o de los problemas provocados por las continuas luchas políticas y militares.

Tal vez por esta profusión de textos, o por la influencia y propagación de la literatura cristiana, en este ambiente se dio el cambio paulatino del rollo al *codex*, nombre con el cual se conoció al libro en la forma en que lo conocemos.

Aunque hubo *codex* de papiro, poco a poco se fue imponiendo el pergamino como material idóneo de este nuevo tipo de documentos, debido a que se prestaba mejor para la glosa y el escolio, motivo por el cual se introdujo la foliación, que permitió la identificación de un pasaje en particular. Otra cualidad es que se prestaba mejor para borrarlo y utilizarlo de nuevo (los llamados palimpsestos), característica que representaba una evidente economía ante el encarecimiento del papiro o la suspensión de la importación, cuando los árabes entraron en escena algunos siglos después.

Se afirma que ya en el siglo I de nuestra era se produjeron códices (la forma castellanizada de *codex*) con ilustraciones alusivas al texto correspondiente (Dahl, 1982, pp. 33-35). Al principio, como pretendían imitar a los rollos o volúmenes de papiro, considerados más nobles, se ponía el título hasta el final, a continuación del término latino *explicit*, que significaba que allí terminaba el escrito.

Pero entre el siglo IV y V se dio el cambio para poner el título al principio, a la vez que se popularizó una letra capital redondeada, propia para la nueva forma del libro, que terminó imponiéndose, la cual fue denominada letra capital rústica o libraria.

Hacia el final del Imperio romano, el emperador Constantino el Grande tuvo la importante idea de cambiar su capital a la entrada del Bósforo, en la actual Estambul, que la tradición ha recordado

como Bizancio y que el emperador quiso que se llamara Constantinopla. Esta ciudad atestiguaría el cambio de la política imperial. En vez de perseguir a los cristianos, cuyos miembros tenían que esconder sus textos y disimular sus prácticas para defenderse de las persecuciones de las huestes romanas, se aprovechó su estructura, que, poco a poco y por la tradición, se había transformado en una organización jerárquica no exenta de conflictos internos. Por la autoridad del emperador, se le dio al obispo de Roma, posteriormente conocido como Papa, por la forma de tratamiento que le daban los cristianos latinos, la responsabilidad de gobernar esa amplia institución cuyos miembros se habían esparcido por la parte occidental del mundo controlado por el Imperio romano.

El libro y las bibliotecas monásticas

A partir del Concilio de Nicea, se fijaron las doctrinas básicas de la Iglesia católica, se condenó a los primeros herejes y se le dio al texto bíblico un valor sacramental que lo habría de convertir en la obra más celosamente copiada y resguardada en los monasterios que se dedicaron a su exégesis y a conservar las tradiciones de los llamados padres de la Iglesia.

Por razones culturales, el latín se convirtió en la lengua oficial de la Iglesia occidental, con sede en Roma, mientras que el griego fue la lengua escrita y hablada por los cristianos orientales, denominada Iglesia cristiana ortodoxa o bien Iglesia cristiana oriental, quienes obedecían al patriarca de Constantinopla como su guía y jefe espiritual.

El Imperio romano se dividió después de la muerte de Teodosio (395 d. C.); el sector occidental se desmoronó ante el embate de los reyes de los ostrogodos, quienes convirtieron a los nobles y clérigos cristianos en escribientes y burócratas de los reinos que surgieron tras la caída del Imperio romano de occidente (Heather, 2000, pp. 291-292),

Por su parte, el imperio oriental, conocido como Bizantino, permaneció, en medio de luchas y recortes por parte de la belicosidad de los califas árabes, primero, y de los sultanes otomanos después, un largo periodo de aproximadamente diez siglos. Durante ese tiempo se consideró la copia de los códices griegos como una de las tareas fundamentales de los monjes ortodoxos. El propio Teodoro

Estudita estableció un escritorio (*scriptorium*) en su monasterio de Studion, donde se dictaron normas que debían seguir los copistas, así como los bibliotecarios que guardaban el tesoro documental (Escolar Sobrino, 1988, pp. 196-197).

Alrededor del monte Athos se fundó una serie de conventos donde sus monjes tenían que guardar con igual celo sus documentos sagrados y la literatura griega que consideraron conveniente preservar a manera de ejemplos de buen uso de la retórica y la escritura misma. Del monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí, procede uno de los códices con una versión manuscrita de la Biblia en letras de plata, que hoy forma parte de los tesoros del Museo Británico (Dahl, 1982, pp. 46-47).

Como diferencias esenciales entre los monarcas orientales y los occidentales, es importante destacar, en función de nuestro tema, que los primeros siempre le dieron un valor fundamental a la cultura escrita. Incluso hubo emperadores bizantinos que fueron filósofos, y, por ejemplo, la hija de Alejo Comneno, Ana Comneno, escribió una de las primeras obras históricas de esta cultura llamada la *Alexiada*, por ser una historia del reinado de su padre y su familia (Escolar Sobrino, 1988, p. 202).

En cambio, llegó a darse el caso de monarcas occidentales analabetos que dependían de sus secretarios para comunicarse con otros reyes, hasta que Carlomagno consideró prudente y necesario reformar la educación de los nobles, por lo que llamó a Alcuino, obispo de York, y quien sería nombrado por él obispo de Tours, para que dirigiera la escuela palatina a la que, según se dice, el propio Carlomagno acudió para dar un claro ejemplo a sus súbditos y a la familia real, e incluso llegó a leer en latín con alguna fluidez.

Alcuino dirigió una amplia transformación de la enseñanza en el imperio carolingio. A la escuela palatina asistieron no sólo la familia imperial sino también los hijos de los líderes estatales y los eclesiásticos seculares. El obispo de Tours jugó un papel singular en la conservación de los textos seculares y de las obras clásicas. Se afirma que trataba de justificar la protección de los libros seculares (como lo hará muchos siglos después nuestra Sor Juana Inés de la Cruz) a partir de las implicaciones que tenía la lectura de la Biblia, además de que, por ejemplo, para poder seguir y calcular el año litúrgico, era necesario entender los cálculos astronómicos de los antiguos griegos, incluido el sistema de Claudio Ptolomeo (Lerner, 1999, pp. 56-57).

Durante la Edad Media, los pueblos europeos experimentaron la conformación del cristianismo como una religión de estado, debido a que los mismos príncipes bárbaros, como los francos, germanos y normandos, se fueron convirtiendo a estas doctrinas y ordenaban a sus súbditos su observancia como una forma de homogeneizar su dominio sobre los territorios conquistados.

Durante este largo periodo percibimos tres renovaciones culturales. La de los carolingios, que ya hemos comentado, la cual promovió el surgimiento de escuelas y la normalización de los tipos de escritura porque, debido al aislamiento de los monasterios, se había producido una confusión por la difícil lectura de las llamadas escrituras nacionales.

Más tarde tendríamos el llamado renacimiento otomano, por los varios monarcas que habrían de llevar ese nombre, que restablecieron el imperio bajo el nombre de Sacro Imperio Romano Germánico. El segundo de ellos se casó con una princesa bizantina y fue el canal para que las influencias del lujo oriental en pergaminos color púrpura, letras con polvo de oro y encuadernaciones lujosas, pasaran a formar parte del tesoro de monarcas y altos dignatarios de la Iglesia católica romana, como el *Evangelio* de Otón III o el *Perícope* de Egberto. También la ciencia islámica y las matemáticas habrían de entrar de la mano del profesor Gerberto de Aurillac, quien gracias a la influencia del monarca germano ocuparía el solio pontificio bajo el nombre de Silvestre II (Escolar Sobrino, 1988, pp. 221-223).

La influencia islámica en el libro

La influencia de los árabes en la civilización europea es amplia, dado que fueron el canal para la transmisión de muchos de los adelantos científicos y técnicos logrados en el Lejano Oriente, como la brújula, el timón de codaste y la pólvora, entre muchos otros. Para nuestro tema, resulta esencial resaltar dos aspectos: la introducción del papel como un nuevo soporte para la escritura, que abarató en gran medida el trabajo de copia de los viejos manuscritos, además de que pronto se constituyó en una empresa manufacturera que integró, con el paso del tiempo, otras ocupaciones técnicas y, además, fue uno de los prerequisites necesarios para la futura invención de la imprenta (Bernal, 1979, pp. 337-346).

Por otra parte, en Córdoba y en Toledo se tradujeron manuscritos al latín, de textos que previamente habían sido vertidos del griego al árabe. Gracias a esta destacada labor, ideada por los obispos mozárabes, se rescató una parte significativa de la cultura clásica.

También se reprodujeron las obras cristianas, altamente estimadas y leídas a lo largo de la Edad Media, por ejemplo las *Morales* de san Gregorio Magno, las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, y la *Ciudad de Dios* de san Agustín, que fueron copiadas en el monasterio de san Millán de la Cogolla, además de obras jurídicas de importancia, como el *Fuero juzgo*; este códice también fue copiado en el monasterio de san Martín de Albelda, de donde proviene el Códice vigilano que contiene la *Colección de concilios hispanos* y el citado *Fuero juzgo*, libro en el que aparecen por vez primera los llamados números indo-arábigos para foliar las páginas (Escolar Sobrino, 1988, p. 226).

El surgimiento de las universidades y del libro

El tercer momento de importancia en la baja Edad Media sería el establecimiento de las universidades, que empezaron como asociaciones de estudiantes del clero secular y laicos que se unían y rodeaban a los maestros famosos, como Abelardo. Más tarde, bajo la dirección de los monarcas europeos, se convirtieron en instituciones al servicio de los intereses de la clase gobernante y de la alta cultura bajomedieval. En ellas se podía estudiar, principalmente, filosofía y teología, como en París (1120) y Oxford (1130), pero también se especializaron en derecho, como la de Bolonia en Italia, o en medicina, como la de Salerno, además de la de Montpellier (1130), en Francia, donde se estudiaba además leyes y teología. El currículo básico se resumía en los famosos *trivium* y *quadrivium*, formado el primero por gramática, retórica y lógica, con lo cual se adquirían los rudimentos para participar en los famosos debates, así como los métodos argumentativos para llegar a la verdad a través de la razón; por la otra parte, se estudiaba la aritmética, geometría, música y astronomía para entender el orden bajo el cual la divinidad estructuró la compleja fábrica humana. Esta influencia de lo celestial en lo humano haría imprescindible la construcción de horóscopos de un individuo enfermo antes de pensar en una cura posible (Lerner, 1999, pp. 102-103 y Bernal, 1979, pp. 322-323).

Los métodos básicos de enseñanza eran, en primer lugar, la conferencia magistral; los alumnos, que debían escuchar en silencio y atentos, seguían textos que habían sido copiados por el procedimiento de la *pecia*, que consistía en la división, en cuadernillos, de un códice o libro manuscrito que servía como ejemplar o modelo para las reproducciones sucesivas, las cuales eran controladas por las autoridades universitarias, como en la Universidad de París, que suministraba copias debidamente normalizadas y revisadas para que fueran fieles a su ejemplar original (Escolar Sobrino, 1988, pp. 273, 294; Saenger, 1997, p. 208 y subsiguientes). El otro método era el debate público, para el cual los alumnos tenían que consultar varios libros en las recién creadas bibliotecas universitarias (Lerner, 1999, pp. 103-104), lugar donde se popularizó la lectura en silencio, a diferencia de los escritorios medievales donde se tenía que leer en voz alta (más bien en *sottovoce* para aislarse de los monjes vecinos que estudiaban su propio manuscrito y captar con mayor claridad el texto).

Estos nuevos intelectuales tenían que leer con mayor extensión que intensidad, esto es, utilizar varios textos para aclarar un concepto y no reducirse exclusivamente al escrutinio del texto bíblico, por lo que se hizo indispensable que las bibliotecas aumentaran su colección y propició el aumento de los estacionarios que proveían de los ejemplares necesarios y de las *pecias* que de ellos se derivaban.

Este oficio de los copistas, controlados casi siempre por los estacionarios, se convirtió en un importante negocio que hizo posible un cierto grado de acumulación de capital. Además, como dice Pizarroso, la demanda siempre fue por delante de la oferta, lo que propició el fortalecimiento de un mercado para los textos escritos en la última etapa de la Edad Media, producto de la expansión de las universidades y sus estacionarios a lo largo de la Europa del Norte y del Este. De hecho, fue en este momento que surgieron las famosas ferias del libro de Leipzig y Fráncfort que habrían de fortalecerse cuando en el siglo xv haga su aparición la imprenta de tipos móviles (Pizarroso Quintero, 1993, pp. 27-28).

Las necesidades de este mercado y las posibilidades económicas de los alumnos que, en muchos de los casos, eran hijos de comerciantes y funcionarios de las nacientes ciudades, así como de los médicos formados en estas universidades tardo medievales, afectó la tradicional preferencia por los manuscritos de pergamino y vitela, que se siguieron produciendo (pero dirigidos sobre todo a nobles y aristó-

cratas), para dar paso al comercio del papel. Este producto que empezó fabricándose por medios manuales recibió una transformación al entrar en la economía centroeuropea, principalmente en Lyon, y Troyes, en Francia, y Fabriano en Italia, donde se cambió el procedimiento para desmenuzar la materia prima y se utilizó una adaptación del molino de agua, al que se le incorporaron unos batanes que hacían más rápida y efectiva esta parte del proceso (Dahl, 1982, pp. 76-77). Italia se convirtió en el principal proveedor de papel en el paso de los siglos XIV al XV, durante los cuales se establecieron también molinos de papel en Alemania (siglo XIV), así como en Inglaterra y Holanda (siglo XV), y también en los países nórdicos, como Suecia (siglo XVI), y Dinamarca, incluyendo Hven, el lugar de residencia del famoso astrónomo Tycho Brahe, quien haría las observaciones que, más tarde, aprovecharían tanto Kepler como sus sucesores.

Sin embargo, para mediados del siglo XIV ya existían molinos de papel en la región de Venecia, Padua, Bolonia, Génova, así como en varias ciudades del Piamonte y la Toscana. Todos ellos introdujeron mejoras en el proceso, tanto en los aspectos mecánicos como en los insumos (por ejemplo cola de huesos de animales en lugar de engrudo de almidón de trigo), los cuales hicieron más eficiente el proceso y aumentaron la productividad. Al mismo tiempo, la introducción de las filigranas o marcas de agua ha permitido seguirle la huella a los distintos tipos de papeles, con el fin, por ejemplo, de datar incunables que carecen de lugar de impresión (Geldner, 1998, pp. 41-42).

La ampliación de este comercio fue de la mano del aumento y dispersión de las universidades y escuelas a lo largo de toda Europa, sobre todo en la parte norte del continente, tanto en Alemania y Austria como en los países nórdicos. Este aumento de la demanda de libros por parte de los académicos, se acompañó con otras necesidades de la población en general que requirieron la difusión de otros tipos de impresos de uso más común, como lo serían los ocasionales o *avvisi*, que difundían noticias de interés para el público en general (Pizarroso Quintero, 1993, pp. 42-43).

La xilografía como preludio de la imprenta

Al mismo tiempo, el fortalecimiento del comercio en las ciudades, donde se daban las famosas ferias, propició que aumentara la demanda de tres tipos de materiales, uno de uso pío, uno de taberna

y otro más de uso casi cotidiano; nos referimos a las imágenes de santos protectores, a las infaltables cartas o naipes que se utilizaban con profusión en esos días en que el dinero y el juego acompañaban las transacciones comerciales, así como a los almanaques o calendarios que permitían organizar las actividades productivas y personales.

Mucha de esta necesidad fue satisfecha mediante la técnica de la xilografía, la cual se conoció en el Oriente desde el siglo IX, pero se difundió en Europa, principalmente en Alemania y Holanda, durante el siglo XIV y permaneció durante bien entrado el periodo de la imprenta incunable, a la que, incluso, llegó a complementar en la producción de libros ilustrados.

Entre los libros xilográficos más famosos, destaca el *Ars moriendi*, que consiste en una serie de imágenes que servían a los creyentes para prepararse para ese último recuento de la vida temporal, cuando el agonizante debía confesarse y recibir los auxilios para dar cuentas a su creador y propiciar, de esta manera, un buen paso al más allá. De alguna manera equivale al viejo *Libro de los muertos* que acompañaba a los ancestrales sarcófagos egipcios, claro que con el nuevo sentido que la fe cristiana le atribuía a este fundamental pasaje.

El otro fue la *Biblia pauperum praedicatorum*, la cual podía constar de entre cuarenta y ciento veinte imágenes alusivas a los principales pasajes bíblicos, con unas pequeñas bandas de texto que nos recuerdan a las actuales historietas, que eran utilizadas ampliamente por el clero secular para instruir a las masas populares en los rudimentos de la doctrina e historia de la Iglesia cristiana, desde sus fundamentos veterotestamentarios, hasta la fundación del pacto cristiano neotestamentario. Tan famosos eran estos documentos que se conservan unos treinta y tres textos diferentes publicados en más de cien ediciones (Pizarroso Quintero, 1993, pp. 30-31).

Nacimiento de la imprenta

Todo este fermento cultural y económico fue la condición esencial para que se buscaran métodos más eficientes de reproducción mecánica de textos y carteles. Aunque en Corea se encuentra documentado el uso de tipos de cobre ya a principios del siglo XV, sin embargo, por lo que se refiere a Europa se dice que fue el holandés Lorenzo Janszoon, apodado Coster, quien usó en un primer mo-

mento tipos móviles metálicos para imprimir unos donatos (esto es, la *Gramática latina* de Donato Aelio) y el *Speculum humanae salvationis* (Escolar Sobrino, 1988, pp. 296-297).

No obstante, él utilizó el procedimiento de los campaneros, que vaciaban el metal en moldes de arena, y no se valió de una prensa para hacer sus impresiones, por lo que su proceso era costoso y poco eficiente, ya que se tenían que elaborar nuevos moldes cada vez y el uso de las manos para entintar e imprimir hacía el proceso muy impreciso y fatigoso. Por tal motivo, no se le considera el introductor de la imprenta tipográfica, además de que Gutenberg ya había experimentado un modo más eficiente de tallar y vaciar sus tipos móviles, cuando estuvo en Estrasburgo hacia 1438.

Así, fue Johann Gensfleisch zum Gutenberg quien, gracias a sus conocimientos de orfebrería, encontró la aleación adecuada para tipos móviles que fueran tan firmes que permitieran una presión uniforme, pero tan suaves que no lastimaran del todo la hoja de papel, con lo cual se podría imprimir en los dos lados de la misma y se podían hacer ahorros considerables en el proceso. Además, está documentado que el tornero estrasburgués Konrad Saspach adaptó una prensa (que se ha dicho que era semejante a las usadas en los lagares), para los fines específicos para los que la había diseñado el propio Gutenberg (Geldner, 1998, pp. 72-73 y subsiguientes).

Por último, se tuvo que resolver el problema de la tinta, que debía ser tan eficiente que permitiera un secado uniforme, pero que permaneciera aceitosa en las almohadillas mientras duraba el proceso de impresión.

En el desarrollo de la imprenta podemos ver la conjunción de un procedimiento artesanal que contribuyó de manera importante a integrar aún más la incipiente economía capitalista que se gestaba en los países del norte de Europa, donde los productores de textiles se asociaban con los fabricantes de papel, ya que éstos consideraban insumos los desperdicios de las manufacturas algodoneras y del lino; por otra parte, los artesanos papeleros proveían de insumos procesados a la naciente producción librera de carácter también manufacturero, en donde pronto se gestó un ambiente donde debían colaborar un buen número de artesanos que, poco a poco, fueron definiendo su función en la empresa: los cajistas que componían los textos a imprimir, los *torculatores* (prensistas) que tenían la función de operar las nuevas máquinas para producir textos en serie. Antes que ellos, estaba el calígrafo que diseñaba la forma de

las letras y el fundidor de tipos —quien, en los primeros tiempos, podía ser el mismo orfebre que preparaba las matrices— y vaciaba el metal en los moldes de los tipos y se encargaba de llenar los cajetines del peinado donde se guardaban las diferentes familias de tipos. Al mismo tiempo, se da la colaboración intelectual de los correctores (o *castigatori*) que debían hacer la corrección de galeras y preparar las listas de erratas que le daban validez al texto; y, por último, aunque muy pronto se convirtió en un negocio aparte, con sus propios procesos artesanales, los encuadernadores que unían los cuadernillos y los cubrían con una tapa o pasta cuya decoración se transformó siguiendo los dictados de la corriente artística que preveía en un momento dado de la historia de la imprenta.

Todos estos procesos manufactureros y comerciales se estructuraron al mismo tiempo que se daba una transformación cultural y religiosa que tendría repercusiones en lo político y en las formas de apropiación de la cultura escrita.

Como se sabe, el primer texto impreso fue la *Biblia latina de 42 líneas*; se cree que fue terminada alrededor del primer tercio del año de 1456 porque, con el fin de imitar el acabado de los manuscritos medievales —o tal vez porque no encontró Gutenberg la forma de conjugar las letras capitales de madera a la forma de metal—, se dejó el espacio en blanco para los rubricadores, uno de los cuales, Enrique de Cremer, dejó constancia de su trabajo y anotó que le dio fin en el verano de ese año (Escolar Sobrino, 1988, pp. 306-307).

Por conflictos monetarios con su socio capitalista, Johann Fust, Gutenberg habría de perder su material de impresión, el cual sería aprovechado por su ayudante Peter Schoeffer, quien, ya en asociación con Fust, produjo otra *Biblia de 48 líneas* y el famoso *Salterio de Maguncia* o *Codex Psalmodum*, que llevaba ya las letras capitales impresas en azul y rojo y contenía además la fecha de impresión en el día de la Asunción de 1457.

Como sucedería muchas veces en la historia de esta naciente industria, Schoeffer se casa con la hija de Fust y establece una de las primeras dinastías de impresores de las que abundarían durante todo ese siglo y los posteriores.

Esto ocurrió también en Italia, cuando la imprenta alcanzó un nivel de belleza y corrección textual indiscutible en manos del impresor e innovador Aldo Pío Manunzio, quien introdujo las pastas de cartón y los formatos reducidos para hacer más manejable y accesible el uso de los libros. Además, otro aporte de gran importancia consistió en

el uso de una nueva familia tipográfica, llamada cursiva, aldina o itálica, que lo hizo célebre por su edición de clásicos griegos, entre los que destacan una gramática griega de Constantino Láscaris, llamada *Erotemata*, además de obras de Teócrito, Aristófanes, Tucídides, Sófocles, Herodoto, Luciano, Jenofonte, Eurípides, Homero, Esopo, Plutarco, Platón y Píndaro, entre muchos otros; así también, imprimió textos de autores cristianos como Gregorio Nacianceno, y de poetas y narradores que escribieron en lengua vulgar, como Dante, Petrarca y Jacopo Sannazaro (Escolar Sobrino, 1988, pp. 378-379).

Aldo contó con la colaboración, en su *Aldi Neakademia*, de personajes tan ilustres como Erasmo de Rotterdam, cuya erudición se dice que lo facultaba, o él se atrevía por sí mismo, a llenar los huecos que el tiempo y la incultura habían dejado en algunos textos griegos, con la frase o palabra que, según él, debía llevar ese pasaje.

Erasmo publicó, en 1516, una nueva traducción latina con el texto griego del Nuevo Testamento, la cual se apartaba un poco de la Vulgata de San Jerónimo, y le habría de servir de base a uno de los grandes transformadores del mundo cristiano de mediados del Renacimiento, claro que respaldado por los príncipes del norte de Alemania que, como Federico el sabio de Sajonia, le permitieron trabajar en sus dominios para traducir los textos cristianos fundamentales al alemán. Nos referimos, por supuesto, a Martín Lutero, quien, si bien no fue el primero en contradecir la ortodoxia romana, si fue uno de los primeros en lograr hacer viable el cisma de la Iglesia católica romana y en establecer un cuerpo coherente de doctrinas que, por un lado, fomentó la existencia de una adoración personal y directa a la divinidad, a través de la lectura y meditación de los textos evangélicos en su propio idioma, y por el otro, al marcar la elección divina en la industria y el progreso personal, liberó, en parte, las fuerzas productivas que estaban contenidas por la prohibición católica al lucro, así como por las poderosas gildas y cofradías que controlaban las cuotas de producción.

Se dice que el éxito de Lutero, y de los otros reformadores que surgieron en Suiza y la propia Alemania, como Zwinglio, Calvino y Melanchton, se debe en buena medida al primer triunfo de la propaganda mediática, ya que, por ejemplo, de las famosas 95 tesis que Lutero fijara en la Iglesia de Wittenberg en 1517, se imprimieron más de tres ediciones sin que el propio Lutero lo supiera.

En este fenómeno social y religioso pudiéramos reconocer, tal vez, como pasaría en Italia con los libros de Aldo, el surgimiento

del problema de la piratería, que haría imprescindible el establecimiento de varios modelos de privilegios reales, o de los nobles en los territorios bajo su dominio, concedidos principalmente a los impresores para publicar tal o cual libro, como lo haría Galeazzo Maria Visconti, que concede un privilegio de exclusividad al impresor milanés Pánfilo Castaldi para publicar materiales por un lapso de diez años, o Giovanni da Spira, que obtiene una concesión semejante, por cinco años, en la importante ciudad comercial de Venecia a partir de 1469 (Pizarroso Quintero, 1993, p. 45 y subsiguientes).

En este momento, no se trata necesariamente de proteger los derechos de autor, sino la explotación de una empresa comercial e intelectual por parte de los impresores que, muchas de las veces, ponen su talento al servicio de los intereses de los dirigentes políticos y eclesiásticos que ejercían su poder o influencia en dicha urbe.

De hecho, y a pesar de los posibles textos publicados fuera de la legalidad, se enriquecieron impresores como Hans Luft, quien imprimió en 1534 la *Biblia* completa traducida por Lutero, y Melchior Lotter, que imprimió el famoso manifiesto *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, del que terminó imprimiendo 15 ediciones (Escolar Sobrino, 1988, pp. 390-391). Se asevera que si Lutero hubiera clavado sus 95 tesis un siglo antes de la invención de la imprenta, tal vez su movimiento reformista hubiera corrido con otra suerte.

Lo cierto es que el invento ya existía desde tres cuartos de siglo antes y se conjuntó, en realidad, con los problemas que tenían los príncipes alemanes con el nombramiento de los obispos por parte del Papa, y por el apoyo que le daba a éste el propio emperador Carlos V. Se afirma que, finalmente, antes de la Dieta de Worms circularon en Alemania más de 300 000 copias de los diversos textos salidos de la pluma de Lutero (Pizarroso Quintero, 1993, pp. 56-57).

Pero Lutero no se conformó solamente con la literal inundación de sus escritos evangélicos por el norte de Europa y Alemania; cuando se hizo evidente que sus consejos espirituales tenían una buena influencia sobre los príncipes alemanes y los señores de las ciudades libres, recomendó el establecimiento de bibliotecas municipales o *Stadtbibliotheken*. Éstas colaborarían en la formación cristiana de los niños, que constituían el principal fermento para asegurarle una larga vida a este proyecto reformador. De hecho, el pastor de Wittenberg, Johann Bugenhagen, buen amigo de Lutero, puso un celo especial en el cumplimiento de esta indicación del maestro reformador (Dahl, 1982, pp. 142-143).

Este renovado interés por ampliar el número de personas que eran capaces de captar por sí mismos el mensaje de las escrituras bíblicas implicó, por un lado, cambiar las formas de apropiación de la cultura escrita para un buen número de personas, sobre todo las que habitaban en los burgos o ciudades, y, por el otro, las posibilidades de emancipación para una gran masa de campesinos que veían en esta nueva prédica de Lutero, apoyada por los príncipes alemanes, una forma de liberarse de las terribles exacciones y sufrimientos a que los tenía sometidos la jerarquía católica. Sin embargo, el propio Lutero aprobó el sometimiento de los campesinos, toda vez que se oponían a las autoridades superiores, que eran reconocidas, por su interpretación de las escrituras, como legales y justas, a las que había que obedecer bajo un nuevo esquema de adoración.

Para ello, las masas populares fueron manipuladas a partir de sus propios usos populares de la imagen y del canto. Se caricaturizó a la Iglesia romana a través de los grabados de Lucas Cranach, los cuales tocaron en lo profundo la sensibilidad popular y, por otro lado, el poeta alemán Hans Sach versificó la doctrina luterana y se adaptaron las melodías populares para penetrar las mentes tanto de las personas recién alfabetizadas como las de los fieles neófitos; lo propio harían los salmos calvinistas y los metodistas en Inglaterra (Pizarroso Quintero, 1993, pp. 58-60).

Por el otro lado, se dio paso, a partir del Concilio de Trento, a la estrategia contrarreformista que tendía a evitar la penetración de la contaminación luterana y anabaptista entre los fieles católico-romanos. Estas medidas se dieron en diversas vertientes. Por una parte, surgieron órdenes de predicadores y de maestros de la juventud, entre los que sobresalen los seguidores de san Ignacio de Loyola, conocidos comúnmente como los jesuitas.

Además de ello, se establecieron medidas legales que obligaban a los impresores a presentar sus originales a las autoridades eclesiásticas, antes de que fueran publicados. A partir de la ruptura de Lutero, el papa Clemente VII prohibió la circulación de todos sus escritos y los de sus correligionarios. Como resultado también del Concilio de Trento, se creó la Sagrada Congregación del Índice, uno de cuyos productos más eminentes sería el *Index librorum prohibitorum*, impreso por Pablo Manunzio en 1564, del cual se habrían de publicar 10 ediciones más. Éste y otros índices, que fueron apareciendo bajo la anuencia de diferentes cortes, universidades y consejos, tuvieron que contar con el riguroso apoyo

del brazo legal de la Iglesia, conocido y temido como el Tribunal de la Inquisición.

En el caso de España, y sus recién formadas colonias, el índice incluía obras provenientes de la picaresca, de los libros de caballería, así como de los textos que apoyaran la reforma erasmiana; de hecho, muchas de las obras de Erasmo fueron expresamente condenadas (Escolar Sobrino, 1988, pp. 435-439).

La imprenta y las bibliotecas en América

Por otra parte, en América se gestó un amplio proceso colonizador que transitó por varias etapas, algunas de ellas coincidentes y superpuestas. Al principio, se reconoció el derecho de los caciques a mantener sus privilegios sobre los pueblos indios y se pretendió crear un clero autóctono que se encargaría de evangelizar a su propia población. Tal fue la razón para la creación del Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, que abrió sus puertas en 1536 y contó con la invaluable colaboración de fray Bernardino de Sahagún, considerado el padre de la etnología mexicana, así como fray Andrés de Olmos y otros ilustres misioneros y sabios (Osorio Romero, 1986, pp. 19-21).

En ese Colegio se generaron obras tan valiosas como la *Historia de las cosas de la Nueva España* y el famoso manuscrito que recupera la herbolaria tradicional, comúnmente conocido como el *Códice de la Cruz Badiano*, por haber sido producido en colaboración por Juan de la Cruz y Martín Badiano.

Sin embargo, la rápida disminución de la población indígena, inmunológicamente inerte ante la cruel embestida de las afecciones infecto-contagiosas que traían los conquistadores, además de las luchas que se dieron para controlar el territorio y las prácticas inhumanas ocurridas tras la implantación del sistema de la encomienda, por medio de la cual los nuevos terratenientes se podían servir del trabajo indígena a cambio de infundirles la doctrina cristiana y el habla de Castilla, hicieron innecesaria la continuación de ese proyecto, y hacia fines del siglo XVI el Colegio se había transformado en una escuela de primeras letras, en el cual se promovió la instrucción de algunos indígenas que asimilaron las dos culturas y, en algunos casos muy señalados, produjeron textos que preservaron parte del rico pasado cultural de sus ancestros.

El primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, descendiente del marqués de Santillana, y el primer obispo de México, Fray Juan de Zumárraga, quien fuera célebre erasmista, hicieron posible la introducción de la imprenta a estos territorios en una fecha muy cercana al establecimiento de la Colonia.

De hecho, se habla de un prototipógrafo que habría venido entre 1534 y 1535, llamado Esteban Martín y que habría publicado la *Escala espiritual para llegar al cielo*, de san Juan Clímaco (Pompa y Pompa, 1988, pp. 10-11); no obstante, como no se han encontrado restos de su publicación, este impresor y su producto han quedado en el campo de lo hipotético.

Lo que sí es claro, es el contrato establecido por Juan Pablos, tipógrafo oriundo de Brescia, con Juan Cromberger para establecer una imprenta en este territorio de la Nueva España hacia 1539, del cual habría de producirse, en primer término, una obra para evangelizar, salida de la pluma del propio obispo Zumárraga; nos referimos a la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana*, impresa por Juan Pablos, bajo el sello de Cromberger, en el mismo local, la llamada Casa de las Campanas, donde se estableció dicho taller. Juan Pablos imprimió varias obras bajo el sello de quien tenía la exclusividad para comercializar obras procedentes de la península ibérica, así como para producir las que se consideraran necesarias para la obra de los primeros misioneros católicos, los cuales aprovechaban estos instrumentos para castellanizar a la población indígena, al mismo tiempo que se les transmitían los patrones culturales y religiosos de la nación que aprovechó esta colonización para aumentar su capacidad política y económica dentro del entorno europeo que se encontraba en el momento del establecimiento del capitalismo mercantil. Claro que, tras la independencia de los Países Bajos, hacia mediados del siglo XVII, y sin olvidar las famosas incursiones de los piratas ingleses, gran parte de la riqueza extraída de los recursos minerales y naturales de la América colonizada fueron a dar a manos de los capitalistas del norte de Europa y a las arcas inglesas, donde constituirían un porcentaje de la acumulación originaria de capital.

Regresando a nuestro asunto básico, también a Juan Pablos le tocó publicar, hacia 1541, una de las primeras crónicas de carácter noticioso; nos referimos a la *Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la ciudad de Ghoatemala...* (Pizarroso Quintero, 1993, p. 76). Esta relación, y otras ocasionales, serían el preám-

bulo para las publicaciones propiamente periódicas que surgieron a fines del siglo xvii y en el xviii, primeramente de carácter oficioso, como la *Gazeta de México y noticia de Nueva España*, impresa por la viuda de Miguel Ribera Calderón y creada por el doctor Juan Ignacio María de Castorena y Urzúa (Torre Villar, 1987, p. 129).

El monopolio de los Cromberger, que, al parecer, nunca fue muy completo, así como la concesión de exclusividad que ostentara Juan Pablos desde 1548 hasta 1559, fueron causa de reclamos por otros maestros de este oficio que, como Antonio de Espinosa, obtuvieron el permiso para imprimir desde este último año citado.

De hecho, de las prensas de Espinosa salieron obras de tanta calidad como el *Túmulo imperial*, la *Gramática* de fray Maturino Gilberti, y uno de los primeros libros que ostentaba el escudo de armas del tipógrafo, el *Missale Romanum* de 1561.

Más adelante, se imprimieron obras de carácter utilitario como el *Tratado de medicina*, del doctor Agustín Farfán, impreso por Pedro Ocharte hacia 1592, o el *Cedulario* del oidor Vasco de Puga, impreso por el propio Ocharte hacia 1563. También vale la pena recordar el *Vocabulario en lengua misteca* [sic], de fray Francisco de Alvarado, impreso por Pedro Balli en 1593.

De este último impresor mencionado, el quinto en imprimir en tierras novohispanas, habría que destacar su labor como librero desde 1569, año en que pasa a la ciudad de México y del que se cita una relación de sus transacciones que realizó en combinación con Pedro Calderón hacia 1580 (Zahar Vergara, 1995, p. 6), donde hace constar que fue previamente revisada la carga por el inquisidor, un tal licenciado Bonilla.

No obstante que la producción editorial aumentó considerablemente en la segunda mitad del siglo xvi y en todo el siglo xvii, no se puede dejar este capítulo sin mencionar que, para complicar el ambiente de la cultura escrita en estos primeros siglos de la colonización, la interesante obra de Irving A. Leonard nos deja constancia de que, a pesar de las contraindicaciones expresadas en los índices de libros prohibidos, donde se fijaban penas de excomuni3n a quien leyera la literatura indicada ah3, y a pesar de la pr3ctica de las visitas a los cargamentos de libros que llegaban a las costas de Veracruz por parte de los visitantes de la Inquisici3n, siempre se encontr3 el modo para que se introdujeran a la colonia obras de ficci3n, cuyo contenido podr3a perturbar la mente de los j3venes y de los ind3genas reci3n cristianizados, as3 como obras de astrolog3a judiciaria (es

decir, de influencia judía) y otras más, también consideradas peligrosas (Leonard, 1953, pp. 153-156).

El propio Leonard nos explica que, comparativamente con la población alfabetizada en la época colonial, se puede decir que se importaba una buena cantidad de libros y que eran numerosos los libreros que rodeaban la plaza mayor, amén de los que ejercían su oficio en los puertos de entrada y en las principales ciudades como Puebla de los Ángeles y Guadalajara (Leonard, 1953, pp. 169-170).

Que entraban libros prohibidos por la ortodoxia católica nos lo muestra el inventario que se hizo de la biblioteca particular de Melchor Pérez de Soto, donde al lado de libros permitidos, como las obras de Ptolomeo, nos encontramos el proscrito *De revolutionibus orbium caelestium*, de Copérnico o el *De misteris Aegyptiorum*, de Jámblico, así como obras de Erasmo y de otros autores incluidos en el ya mencionado *Índice* (Osorio Romero, 1986, pp. 52-54).

En la Nueva España se estableció un sistema educativo para los criollos acorde con el crecimiento de la población blanca, que hacia fines del siglo XVI llegaba a los 63 000 individuos, de los cuales 57 000 vivían en la ciudad de México, capital del virreinato. Este sistema se componía de tres fases; la inicial, para las primeras letras y rudimentos de aritmética, que podía resolverse con maestros privados, o en algunos conventos de las órdenes de predicadores. Una media en la que el joven era introducido a la lengua latina y a las artes de la dialéctica; ésta etapa podía durar hasta cinco años. Por último, para formarse en teología podía ingresar en un estudio general de las órdenes religiosas, o podía ir a una de las cuatro facultades de la Real y Pontificia Universidad de México, que abrió sus puertas en 1553 (Osorio Romero, 1987, pp. 23-25).

Finalmente, es trascendente destacar que en la Nueva España se procuraron seguir las indicaciones y recomendaciones del Concilio de Trento, como nos lo indica la fundación del Colegio Tridentino de Puebla por el ilustre obispo y, por algún tiempo virrey de la Nueva España, don Juan de Palafox y Mendoza, cuya biblioteca, acrecentada por sus sucesores, es la única joya bibliográfica colonial que ha mantenido, en buena medida, su colección y el rico mobiliario que la caracterizó.

De este modo, a partir de este patrón de aculturamiento, con sus prácticas subrepticias y sus medidas legales no siempre bien aplicadas por las autoridades civiles y eclesiásticas o, por decir mejor, por la utilización de los mecanismos que proveía la Corona y el Con-

sejo de Indias de manera sospechosamente selectiva (por ejemplo, cuando se despojaba de sus posesiones a un judío converso bajo la sospecha de seguir con sus prácticas tradicionales), se crearon varios modelos de apropiación de la cultura escrita, de acuerdo con la situación étnica de quienes se acercaban a los libros y avisos disponibles, así como de su posición en la complicada escala socioeconómica que se instauró en la Colonia, cuando se definieron las principales actividades económicas que proveían la mayor riqueza a los particulares y a la corona misma, y las actividades subsidiarias que rodeaban las zonas mineras, así como las necesarias actividades de servicio que les eran consustanciales, entre las cuales las relacionadas con la difusión y venta de libros, la formación de las juventudes y las necesarias ocupaciones técnicas y profesionales (como los médicos, los profesores de la Universidad y los colegios y los maestros constructores), cobraron un papel sustantivo en este uso, resguardo y proliferación de impresos y otras formas de la cultura escrita.

De sobra está mencionar que amplios sectores de la población quedaron excluidos de dicho proceso, como los indígenas, las castas consideradas inferiores, los esclavos que pronto llegaron a sustituir a los nativos en las labores más pesadas, así como algunos blancos pobres, quienes quedaron al margen de esta cultura de la letra ya sea impresa o manuscrita, por lo que resulta explicable el reto que este patrón civilizatorio constituiría tanto al momento de iniciar la revolución de Independencia, como durante al siglo de ajustes que le siguió.

Comprender, entonces, las formas en que se presentaron estos fenómenos, resulta indispensable para los profesionales de la carrera de Bibliotecología y Estudios de la Información, cuya materia prima se encuentra enmarcada en estos dos aspectos: la proliferación de los distintos tipos de materiales bibliográficos que se han dado a lo largo de nuestra historia cultural y las formas de apropiación de dichos materiales por aquellos grupos sociales que habrán de desentrañar dichos contenidos para guiar su acción en un determinado sentido.

Referencias

- AGUIRRE ROJAS, C. A. (2004). *Antimanual del mal historiador, o, ¿Cómo hacer hoy una buena historia crítica?* 7^a. ed. México: Contrahistorias: La Otra Mirada de Clío.

- BERNAL, J. D. (1979). *La ciencia en la historia*. 2ª ed. México: UNAM: Nueva Imagen.
- CAVALLO, G. (1997). Entre el volumen y el *codex*: la lectura en el mundo romano. En G. Cavallo y R. Chartier (Eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 95-134). Madrid: Taurus.
- CORBALIS, M. C. (2001). El origen gestual del lenguaje. *Mundo Científico (La Recherche)*, 224, 29-34.
- DAHL, S. (1982). *Historia del libro*. Madrid: Alianza.
- DESALLES, J. L. (2001). El origen político del lenguaje. *Mundo Científico (La Recherche)*, 224, 35-39.
- DUNBAR, R. (2001). El lenguaje crea el vínculo social. *Mundo Científico (La Recherche)*, 224, 24-28.
- ESCOLAR SOBRINO, H. (1987). *Historia de las bibliotecas*. 2ª. ed. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez: Pirámide.
- (1988). *Historia del libro*. 2ª. ed. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez: Pirámide.
- GELB, I. J. (1976). *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza.
- GELDNER, F. (1998). *Manual de incunables: introducción al mundo de la imprenta primitiva*. Madrid: Arco/Libros.
- HEATHER, P. (2000). Cultura escrita y poder en el periodo de las migraciones. En A. K. Bowman y G. Wolf (Comps.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo* (pp. 277-310). Barcelona: Gedisa.
- KLEBERG, T. (1995). Comercio librario y actividad editorial en el Mundo Antiguo. En G. Cavallo (Ed.), *Libros, editores y público en el Mundo Antiguo* (pp. 51-108). Madrid: Alianza.
- LEONARD, I. A. (1953). *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LERNER, F. (1999). *Historia de las bibliotecas del mundo: desde la invención de la escritura hasta la era de la computación*. Buenos Aires: Troquel.
- LEWIS, D. M. (2000). Las tablillas de Persépolis: la palabra oral, el sello y la escritura. En A. K. Bowman y G. Wolf (Comps.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo* (pp. 35-58). Barcelona: Gedisa.
- MOORHOUSE, A. C. (1961). *Historia del alfabeto*. México: Fondo de Cultura Económica.
- OSORIO ROMERO, I. (1986). *Historia de las bibliotecas novohispanas*. México: SEP, Dirección General de Bibliotecas.
- POMPA y POMPA, A. (1988). *450 años de la imprenta tipográfica en México*. México: Asociación Nacional de Libreros.

- PIZARROSO QUINTERO, A. (1993). *Información y poder: el mundo después de la imprenta*. Madrid: Eudema.
- RODRÍGUEZ GALLARDO, A. (2001). *Formación humanística del bibliotecólogo: hacia su recuperación*. México: UNAM, CUIB.
- SAENGER, P. (1997). La lectura en los últimos siglos de la Edad Media. En G. Cavallo y R. Chartier (Eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 187-230). Madrid: Taurus.
- TORRE VILLAR, E. de la. (1987). *Breve historia del libro en México*. México: UNAM.
- ZAHAR VERGARA, J. (1995). *Historia de las librerías de la Ciudad de México: una evocación*. México: UNAM, CUIB.